



FIESTA DE LA VIRGEN DE LA VEGA

NATIVIDAD DE LA VIRGEN MARÍA

8 de Septiembre de 2020

Veneramos a la Virgen de la Vega, Patrona de nuestra ciudad, en la fiesta de la Natividad de María.

1. María nos lleva a Jesús, el Salvador

El nacimiento de María anuncia que Dios va a llevar a cabo su plan de salvar a los hijos de Israel, junto con sus hermanos de todos los pueblos, cuando *“dé a luz la que debe dar a luz”*, según la profecía de Miqueas (5, 2).

El nacimiento de María y la historia concreta de su vida conducen a la salvación en su hijo *“Jesús”*, el Mesías, el Cristo, concebido por obra del Espíritu Santo. El nombre de Jesús expresa su verdadera identidad personal como el que *“salvará a su pueblo de sus pecados”* (Mt 1, 21). En Jesús se ha hecho presente de forma visible la *“imagen del Dios invisible”* (Col 1, 15). La comunión de vida con él nos hace posible reconocer y recuperar la imagen de Dios, que él imprime en cada criatura humana, y que es la fuente de nuestra dignidad inviolable. A través de su acción en María, Dios nos ha llamado *“a reproducir la imagen de su Hijo, para que él fuera el primogénito entre muchos hermanos”* (Ro 8, 29).

2. María nos acompaña en tiempos de dificultad

Llevamos meses afectados de formas diferentes por la crisis del coronavirus. Y tenemos variadas experiencias individuales, pero confluyen en una experiencia común. Para todos ha significado una abrupta interrupción del estado de vida anterior, de las costumbres y de las certezas



cotidianas, no solo en nuestra vida individual, sino en el conjunto de la vida social y pública, incluso en nuestra posible relación con otros países.

La pandemia ha producido una paralización global como nunca se había vivido hasta ahora. Y nadie puede asegurar cuánto va a durar. Y ha afectado también a los ciudadanos en el ejercicio de sus derechos humanos fundamentales: la libertad de movimientos, la relación personal, la libertad de reunión y el ejercicio público de la libertad religiosa, individual y comunitario, son reducidos al mínimo absolutamente necesario. Y la grandísima mayoría de los afectados lo ha considerado razonable y lo cumple.

Algunos de los hechos más significativos de esta paralización global han sido la imposibilidad de celebrar de forma pública y comunitaria la Pascua, la fiesta mayor para los cristianos de oriente y de occidente y para los judíos, así como el Ramadán, la fiesta mayor de los musulmanes. Nunca había pasado algo así.

El origen y los efectos del virus son una inmensa catástrofe de la naturaleza; una de esas catástrofes naturales devastadoras, que son posibles y acontecen en cualquier momento de forma imprevista. De hecho, algunas epidemias se producen con diversa frecuencia y causan muchos miles de víctimas. Pero en este caso se trata de un virus nuevo y desconocido, frente al que nuestra medicina, tan desarrollada, no ha dispuesto hasta el momento de ningún remedio. Esto pone en evidencia de un modo nuevo la vulnerabilidad y fragilidad de los seres humanos; y su impotencia frente a las fuerzas de la naturaleza, que relativiza el natural optimismo ante el progreso.

Es de justicia reconocer, sin embargo, que la pandemia ha dado lugar a experiencias positivas y gratas. La gran mayoría de la gente ha reaccionado con sentido común, a veces con una creatividad sorprendente y muy a menudo con admirable solidaridad. De forma asombrosa han salido a la luz en el conjunto de la sociedad fortalezas internas y grandezas humanas, capacidades de superación propia, que dan un mentís a los juicios negativos generalizadores sobre el mundo de hoy y sobre la juventud de hoy. La experiencia de que en las personas se esconde más de lo que suele aparecer da pie a la esperanza, que tanto necesitamos.



3. María nos enseña a ver con ojos de fe

La crisis del coronavirus ha reflejado carencias de salud humana que no se curan con una vacuna y otros medicamentos. Por ello, hay motivos fundados para dudar si después de la crisis va a ser todo lo mismo que antes de ella. En efecto, ¿Cómo resolveremos las crisis más profundas, de carácter ético, religioso, cultural, social, económico y político, puestas de manifiesto, también en el ámbito internacional?

Las consecuencias teóricas y prácticas que la crisis del coronavirus vaya a tener también en nuestras certezas y seguridades como civilización, como sociedad y como cultura, y también en el ámbito de la teología y de la acción pastoral de la Iglesia, no son por ahora fácilmente previsibles.

La crisis del coronavirus ha sido un suceso no necesario en virtud de una ley natural, pero que se podía estimar como posible. Y, de hecho, cuando suceden estas catástrofes, surge siempre la pregunta por la capacidad de los seres humanos para hacerlas frente. Y es una pregunta no abstracta, sino bien concreta, que afecta a nuestra existencia en todos los ámbitos.

El problema no es nuevo, sino una cuestión clásica en la historia de la cultura: ¿Por qué existe lo que existe y por qué ocurre lo que nos pasa? Y estas preguntas han sido de hecho planteadas en relación con la existencia de Dios y con su forma de estar presente y actuar en el mundo y en la historia humana.

Dios es el fundamento último de todo; está presente en todo lo que es y lo que sucede, pero al mismo tiempo está por encima de todo. En cuanto da el ser a todo lo que es y lo mantiene en su existencia, es impensable atribuir inmediatamente a Dios una catástrofe natural, o amenazar con ella o declararla castigo de Dios. De la misma manera, tampoco debemos interpretar el éxito y el bienestar como recompensa de Dios a la buena conducta moral o como señal de especial predilección de Dios. Ya el antiguo libro de Job dio respuesta a estas cuestiones. Como no es razonable todo lo que ocurre en el mundo, ¿de dónde viene el mal destructivo de la historia de la humanidad? La respuesta de los profetas y de la reflexión sapiencial ha indicado que todo lo que acontece tiene su



fundamento en la providencia divina; pero ha resaltado a la vez que los pensamientos de Dios no son nuestros pensamientos. Como el cielo está por encima de la tierra, así los pensamientos de Dios están por encima de los nuestros (cf. Is 55,8s).

Por otra parte, la filosofía ha ido reinterpretando en formas diversas la comprensión de los sucesos de la historia acentuando de forma progresiva la relevancia de la libertad humana. Finalmente, el pensamiento posmoderno ha proclamado el fin de todos los relatos absolutos, tanto del idealismo como del marxismo.

Con la generalizada negación de Dios, el ser humano se encuentra más solo y perdido en el ancho mundo, no siempre amigable para con él. Si Dios ha concluido su servicio, si ya no se le necesita o se nos ha vuelto indiferente, entonces nosotros, los seres humanos, hemos de tomar en nuestras manos la solución del problema de los males del mundo; y hemos de hacer nosotros mismos de providencia. Para ello, la economía no es solamente un medio para la prestación de los servicios de interés general, sino que se convierte en contenido, sentido y objetivo de la existencia. Lo que cuenta es el logro y el éxito. Las cosas son valoradas por su utilidad y su valor de cambio; en definitiva, por su valor económico. Para ello, la vida en el mundo ha de estar bien organizada y administrada y controlada, a ser posible, de forma democrática. La política queda muy reducida a una acción planificadora dictada por exigencias objetivas de la organización económica. Y adquiere la mayor relevancia el objetivo de la seguridad.

La crisis del coronavirus ha venido a poner de nuevo en cuestión y a confirmar las debilidades y desequilibrios éticos y sociales de la organización socio-económica. Ya las repetidas crisis económicas y financieras habían puesto de manifiesto que la organización económica ha dividido a la sociedad y a los pueblos en pobres y ricos, anula la dignidad de las personas y deja con frecuencia desprotegida su misma vida. La crisis ecológica lleva a la convicción de que la visión irreverente de la naturaleza y su explotación desaprensiva hacen inhabitable esta Tierra y destruyen la base misma de la vida.



La crisis del coronavirus ha conducido a una paralización económica y social generalizada, que al final golpea al núcleo del orden político. El virus ha puesto en cuestión el objetivo y la experiencia de seguridad; y todos nos sentimos arrasados por los sucesos contingentes.

4. María nos alienta a seguir siendo testigos de su Hijo

La sociedad de la cultura sanitaria y la superorganización tecnológica había podido comprobar siempre que es imposible una seguridad total; siempre queda un resto de riesgo. No tenemos en nuestras manos la vida ni, sobre todo, la muerte. Por eso es irrenunciable la religión. Pero no solamente con la función de consuelo ante los acosos de los hechos incontrolables, ni en cuanto hecho cultural y benéfico. Las instituciones religiosas, en cuanto prestadoras de servicios culturales y asistenciales, siguen siendo estimadas; pero, así consideradas, tienen el riesgo de perder poco a poco su más íntima identidad e ir dejando de lado lo más original y provocador del mensaje evangélico.

En la fe experimentamos que el mundo no está orientado a un destino fatal, ni su origen y meta es mero resultado del azar. Nos está permitido confiar en la providencia de Dios y nos sabemos, en toda circunstancia, sostenidos y guiados por el amor de Dios.

Las iglesias vacías o casi vaciadas en razón de la oportuna seguridad sanitaria no deben convertirse en un símbolo externo del creciente vacío interior de la fe viva en la sociedad salmantina y en nuestra comunidad diocesana. Tenemos que seguir proclamando con la palabra y con la vida que Cristo ha resucitado y está vivo entre nosotros para darnos vida. ¡Christus vivit!

Sobre este fundamento hemos de seguir haciendo realidad nuestras prioridades pastorales, paralizadas o limitadas por la pandemia, con las adecuaciones necesarias dictadas por nuestra prudencia pastoral. Y hemos de seguir renovando y haciendo visible en la sociedad salmantina la identidad pascual que nos regaló el Espíritu en la Asamblea diocesana: de qué fuente hemos



Carlos López Hernández

nacido, quiénes somos en la Iglesia, de qué y para quien vivimos, y cuál es la esperanza fundamental que da sentido a nuestra misión en medio del mundo.

La crisis del coronavirus nos llama a volver de nuevo a las huellas de Jesús, a nacer y vivir cada día de su Pascua: de su Palabra, de su Eucaristía, de la comunión de amor con él y con la comunidad de los hermanos, en el servicio mutuo y el compartir los bienes en las necesidades, también con los que no gozan del don de nuestra fe. De todas estas formas alimentamos nuestra vocación misionera y damos testimonio de la alegría del Evangelio, que llena el corazón y la vida de los que se acercan a Jesús y se dejan salvar por él.

Que nuestra madre y patrona, la Santísima Virgen de la Vega nos lleve hoy de nuevo al encuentro con su Hijo y haga resonar en nuestro corazón su permanente exhortación: “*Haced lo que él os diga*” (Jn 2,5).